

PENSAMIENTOS E IDEAS EN TORNO DEL YUGOSLAVISMO

Josip Juraj Strossmayer

La figura y el pensamiento filosófico-político de monseñor Josip Juraj Strossmayer (Osijek, 1815-Djakovo, 1905) son de crucial importancia a la hora de recordar los nacimientos y la difícil construcción del ideal “yugoslavista”, sobre todo hoy cuando ha finalizado el ciclo de violencia entre las naciones sudslavas y cuando la idea yugoslava parece totalmente abandonada, criticada esencialmente por su artificialidad, y declarada culpable de las múltiples tragedias vividas a través del siglo xx. Por todo lo anterior es necesario subrayar que el concepto del “yugoslavismo” en forma de un proyecto nacional que conduce a la formación de un Estado nacional de y para los eslavos del sur surge en un momento histórico decisivo para la emancipación nacional de las naciones sudslavas y del mismo ideario, entendido como proyecto nacional yugoslavo que inevitablemente conduciría a la formación de un nuevo y más amplio espacio sudslavo plurinacional, multicultural y multirreligioso.

En realidad, durante el siglo xix el ideal yugoslavista se desarrolla y consolida lentamente tanto entre los eslavos del sur que vivían fuera del imperio de los Habsburgo y luchaban por liberarse del prolongado yugo otomano, como entre los que pertenecían a él y buscaban contener el expansionismo y las tendencias asimilativas germánicas.

Cabe señalar que los vientos revolucionarios franceses despertaron y alentaron el sentimiento nacional en los Balcanes. Esto culminó en toda una serie de luchas por la liberación, emancipación nacional e independencia de las naciones sudslavas que habían sido sometidas durante siglos al poder otomano. Al mismo tiempo, en los territorios del sur del imperio de los Habsburgo em-

pezó también a perfilarse y a fortalecer el ideal sudeslavo primero en forma de “ilirismo”, que es posible percibir como un movimiento más cultural que político surgido en las “Provincias Ilíricas” del imperio, o sea en Croacia y Eslovenia.¹ Por lo tanto, el sueño de la élite cultural croata, serbia e incluso eslovena fue la idea de que el primer paso hacia la futura unificación sudeslava era conformar una lengua común. Los representantes más destacados de este movimiento fueron el lingüista eslovengo Jernej Kopitar y el poeta France Prešern, el poeta croata Ljudevit Gaj y el renombrado filólogo serbio Vuk Stefanovic Karadzic, padre de la versión culta o literaria del idioma serbio-croata que usaban, con diferencias dialectales, los habitantes de estas regiones, incluidos los serbios de Serbia.

Sin embargo, después de las revoluciones románticas de 1848 se continuó fortaleciendo el proceso de maduración de identidad nacional de los pueblos sudeslavos. Ante los desafíos nacionalistas a nivel de cada nación sudeslava y en los límites de la actuación internacional en 1868, un grupo de intelectuales croatas impulsó la transformación de los ideales socioculturales y lingüísticos ilíricos en una plataforma política de corte yugoslavista.

Esta corriente de pensamiento político-filosófico estuvo liderada por el obispo de Djakovo, Josip Juraj Strossmayer, gran erudito y fundador del Partido Nacional, la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes (1867) y la Universidad de Zagreb (1874). Strossmayer postulaba la unión nacional de los eslavos del sur de la monarquía austro-húngara insistiendo en que deberían gozar de igualdad de condiciones constitucionales con los austriacos y húngaros. El proyecto político del obispo se basaba en el concepto “trinitario” de la Monarquía Dual, sin descartar o desestimar una hipotética unión con Serbia en el futuro. Sus esfuerzos intelectuales y pastorales estuvieron centrados también en el

¹ El término “Iliria” pretendía reafirmar la identidad nacional y reforzar la posición de los sudeslavos ante los componentes germano-húngaros de la monarquía de los Habsburgo, demostrando que se trataba de los pueblos cuyo origen era tan antiguo como el de ellos. Se formaron sociedades culturales, como “Matica Hrvatska” de Zagreb o “Matica Srpska” de Novi Sad (Voivodina), que aglutinaron parcialmente los deseos emancipadores de estas naciones. Posteriormente, dicho término se transformó en “yugoslavista” después de la prohibición del término “ilírico” por la administración austriaca en 1842. Es interesante anotar que la extensión del término “ilírico” a los demás eslavos del sur, incluyendo a aquellos que vivían fuera de la monarquía austriaca, nunca se refirió a los búlgaros.

acercamiento de católicos y ortodoxos, de donde se generó el gran prestigio y la autoridad de su figura y de su obra intelectual y pastoral en todo el espacio sudeslavo.

Desde la actual distancia histórica y tras el total fracaso del Estado yugoslavo durante la última década del siglo xx nos resulta posible constatar que el pensamiento filosófico-político y religioso del obispo Strossmayer llevó el ideal yugoslavista de su época a su última expresión: la posibilidad de crear un Estado yugoslavo común y de tipo federal.

Con la finalidad de presentar al lector mexicano lo esencial, pero no lo menos universal, del pensamiento de monseñor Strossmayer, a casi un siglo de su fallecimiento, estimo necesario subrayar que el obispo croata fue indudablemente una de las figuras históricas más destacadas de nuestros espacios balcánicos, tan turbulentos y tan poco conocidos en América Latina.

La selección de ideas del obispo Strossmayer que se presenta en este número temático de la revista *Istor*, dedicado a los Balcanes, demuestra su vasta capacidad intelectual, filosófica y pastoral así como las distintas facetas de su patriotismo muy sutil. Por ejemplo, cuando defiende la emancipación e identidad nacional propia, el obispo, paralelamente, insiste en que no se malinterpreten o corrompan estos ideales para no convertirlos en soberbia, intolerancia, egoísmo e injusticias de todo tipo. Strossmayer recalca también la importancia de que el espíritu yugoslavo se base en un saber común y en la unificación de nuestro potencial intelectual con la finalidad de superar la ignorancia y la profunda oscuridad del desconocimiento para no privar a los distintos pueblos sudeslavos de su propia conciencia y vida. Después de todas las tragedias yugoslavas y balcánicas del siglo xx puede decirse que la Historia tiene todas las razones para reconocer que su obra simboliza a un patriotismo que perdura gracias a sus eternos valores filosófico-religiosos, políticos y humanistas tan necesarios para la consolidación balcánica a principios del siglo xxi.

Por fin, esta selección compila parte de sus ideas y pensamientos expresados en distintas ocasiones,² pero de manera especial las manifestadas con moti-

² Por ejemplo, una epístola al "ban" croata de 1860 o partes de su discurso con motivo de la inauguración del nuevo palacio y la galería de la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes.

vo de la inauguración de la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes de Zagreb (1884), los cuales sintetizan los postulados fundamentales de su actividad pastoral e intelectual. Los textos presentados nos permiten ver que el ideario nacional del obispo croata Strossmayer trasciende exitosamente las trampas que proyecta la “balcanización”, como aproximación esquematizada y convulsa de la gama de naciones europeas de origen sudeslavo en su doloroso trámite por el laberinto de su historia, sin llegar nunca a construir los necesarios puentes de concordancia, armonía y paz. *Ø*

Slobodan Pajovic

Josip Juraj Strossmayer

FRAGMENTOS DE SUS DISCURSOS Y EPÍSTOLAS

Año 1860: Desde el extranjero, Strossmayer envía una epístola al “Ban” de Croacia, en la cual argumenta la importancia de la fundación de la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes.

[...] El obispo sabe, como dice en la carta a la fundación, “que la producción literaria no puede florecer en un pueblo pequeño, tampoco en uno por más grande que sea si éste está fragmentado en dialectos, a menos que éstos se fusionen en una sola lengua”. Él sabe, como dice “que de esta manera se han fusionado los pueblos antiguos y que también los germanos y los romanos, quienes teniendo más dialectos que nosotros llegaron a un solo entendimiento”. Él sabe “que hasta el momento estos intentos han dado resultados fructíferos tan-

¹ Traducción del croata: Dubravka Mindek. [Nota de la traductora: Agradezco la colaboración de Gordana Segota e Inmaculada Abarca. Gordana me ayudó a desenmarañar el original escrito en un croata que en nuestra época está en desuso; Inmaculada me ayudó a expresar el complejo pensamiento del obispo en un español inteligible].

Las ideas político-filosóficas del obispo Strossmayer que reúne este texto, fueron extraídas del libro *Josip Juraj Strossmayer. Biskup Bosansko-Djakovaki I Srijemski. God. 1850-1900*, de Pavi, Matija y Mirko Cepelič, Djakovo, Editorial Biskupski ordinariat iz Djakova, 1994.

Los fragmentos seleccionados corresponden a tres diferentes fuentes: a una epístola que el obispo envió al “Ban”, el principal dignatario del gobierno croata sujeto al imperio de los Habsburgo, en 1860. En esta epístola explica por qué es importante fundar, cuanto antes, la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes. La segunda fuente es el discurso que el obispo pronunció en 1867, cuando la Academia por fin se inauguró. De hecho, la mayor parte de las ideas presentadas corresponden a este discurso. Finalmente, la tercera fuente es el discurso pronunciado en 1884, con motivo de la inauguración del nuevo palacio y la galería de arte de la Academia. Según los autores del libro, esta fue la última vez que el obispo pronunció un discurso fuera de su natal Djakovo. Debido a que ninguna de las tres fuentes se reproduce en su totalidad; las omisiones, así como las interrupciones en el texto, están señaladas con puntos suspensivos entre corchetes [...].

to a los croatas como a los serbios y que éstos pueden presumir de obras de las cuales se enorgullecerían el resto de las literaturas europeas”. Al obispo le gustaría que a esta alianza literaria se unieran los hermanos eslovenos, “para que se salven”, así como los hermanos búlgaros, descendientes de Iván Eksarh y del zar Simeón, el pueblo cuyo número asciende a unos cinco millones de habitantes. El obispo tiene “la firme convicción de que, tarde o temprano, el espíritu del pueblo yugoslavo se revestirá de un saber común. Sólo que de momento aún no tiene un centro alrededor del cual se pudiera unificar a toda su diversa población. Este centro tendría que ser una sociedad de estudiosos o la academia, donde tendrían que coincidir y concentrarse los mejores intelectuales croatas, serbios, eslovenos y búlgaros para deliberar de qué manera se podría editar urgentemente un libro popular en el sur eslavo y cómo éste debería incluir todas las disciplinas de la ciencia humana” [...]

Año 1867: El discurso que el obispo pronunció con motivo de la inauguración de la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes.

Honorable audiencia. Gracias a Dios, se acaba pues de cumplir uno de los más fervientes anhelos de nuestro pueblo, el de unir a todo nuestro potencial intelectual y consagrarlo a la verdad de todas las disciplinas científicas. Consagrarse a la verdad significa entonces, en el más bello y noble sentido, seguir aquella luz que desde el Crucifijo y a través de la santa fe se ha revelado a todo el mundo para siempre. Los principales y más cultos pueblos del mundo han encontrado en esta convicción el manantial eterno de una existencia superior y de su desarrollo intelectual. Nuestro pueblo, seguramente, también lo encontrará ahí. Por eso, permítanme que en esta solemne ocasión les hable de la relación del Crucifijo y de la religión con la ciencia, presentándoles al Crucificado como la verdad en la religión y en el culto, como la verdad en el vivir, y luego entonces, también como la verdad en la ciencia.

El Crucificado es la verdad en la religión y en el culto. Todos los que nos dedicamos al estudio sabemos que durante miles de años el mundo estuvo sumergido, en cuanto a Dios y a la manera de venerarlo, en la ignorancia y en una profunda oscuridad; y no sólo aquellos pueblos ignorantes y vulgares sino que también los más cultos y distinguidos.

Ni Roma ni Atenas carecían de cultura. Con su agudeza intelectual, los griegos elevaron su lengua a tal grado de refinamiento y perfección que con todo derecho pudo decirse que si los dioses en el Olimpo hablaban alguna lengua humana, sin duda alguna ésta era el griego de Platón. En la política y en el derecho, en el arte de gobernar un país, de establecer sus fronteras, de hacer con éxito y sin enormes costos, guerras de gran magnitud, de conquistar a los pueblos nuevos de manera que acepten con gusto el yugo extraño: en todo esto nadie aún ha superado a la antigua Roma. Mas toda esta cultura y arte extraordinarios no fueron suficientes para sacar a estos pueblos desarrollados de sus tremendos desaciertos religiosos. Para justificar los males y las perversiones en los que todo el país estaba sumergido, estos pueblos tan cultos elevaron sus pasiones al altar y designaron a sus dioses como los protectores de su lujuria, sus venganzas, su rapiña y cuantas cosas más hicieran; tan es así que no hubo en el país ni un solo monstruo, ni una sola injusticia que no hallara su correspondiente protector en el cielo. Si hoy invitásemos a nuestro medio aunque fuera al más humilde pastor, que sin embargo conociera las letras y que de vez en cuando ojeara su libro de rezos, si le invitásemos con nosotros y le preguntásemos qué opina de Dios, nos contestaría resuelta y audazmente: Dios es el espíritu puro, el ser más exquisito, el creador del cielo y de la tierra, quien en el nombre de su paternidad ha regalado al hombre la conciencia y la libertad, el alma inmortal, su imagen y semejanza, con el único fin de que se cuide de cualquier mal, cultive la exquisitez divina y busque su honor, fama y totalidad en la pureza de su corazón, en la justicia, en la bondad y en cualquier otra virtud. ¡Amigos! Si ese pastorcito estuviera hoy entre nosotros realmente, y si además pudiéramos resucitar e invitar ante nosotros a cualquiera de los antiguos sabios, por ejemplo a Platón con su *Phaedon* “sobre la inmortalidad del alma”, o a Cicerón con su escrito “*de natura deorum*”, ¿cuál creen que sería el sentir que invadiría a estos grandes intelectuales? Créanme, se maravillarían escuchando las respuestas del pastorcito inocente, luego sustituirían para siempre sus libros por nuestros libros sagrados y simplemente admitirían que a este niño no lo parió una madre mortal, sino que la misma eternidad lo envió a este mundo para que fuera revelando a la gente su misterio, una verdad que supera al intelecto humano. Los antiguos no sabían sobre la providencia, la jus-

ticia y el amor divinos nada que pudiera complacer al intelecto y al corazón humanos. Al contrario, pensaban que Dios en su eterna paz y sosiego ni siquiera se ocupaba del mundo terrenal, que abandonaba al azar los acontecimientos humanos, que tomaba la virtud por debilidad y al engaño y la maldad como parte del destino implacable y de la naturaleza humana. Sin embargo, si de vez en cuando se les ocurría pensar que los dioses visitaban la tierra, debería ser por algún motivo por el cual un corazón limpio no podría ni siquiera imaginarse, sin sentir pena o vergüenza. Solamente cuando el Crucificado reconcilió el cielo con la tierra, sacrificando su vida y su amor, cuando en la cruz, con su sangre se hermanó con el hombre y lo hizo parte de su naturaleza; apenas entonces el mundo empezó a temerle a la Justicia Divina que conoce y es capaz de encontrar la injusticia hasta en la más densa oscuridad, así como en los más resplandecientes palacios, para castigarla y marcarla con la vergüenza eterna; apenas entonces el mundo empezó a respetar a la Divina Providencia que todo lo sabe, todo lo ve y todo lo dirige hacia las nobles causas, y que sin embargo no impide la libre voluntad y decisión de la gente y los pueblos. En la obra inmortal de San Agustín, la trama que la Providencia Divina teje sobre los sucesos del imperio romano se desarrolla de una manera realmente maravillosa. Esta obra brilló en todo su esplendor apenas después del misterio del crucifijo. Y la maravillosa *Theodicea* de Leibnitz, según la cual la gente y los pueblos no tienen que buscar en otros a los culpables de sus desgracias, sino únicamente en el mal uso de sus fuerzas y en su falta de fe; para la antigua filosofía, este libro es el libro del misterio de los siete sellos.

Nunca y bajo ninguna circunstancia, desesperarse; en la lucha contra la injusticia y la falta de fe, mantenerse leal a la virtud y a la honestidad hasta la última gota de sangre; tomar por engaño hasta la más brillante ganancia lograda por medio de la soberbia y la injusticia; en penurias y desgracias confiar en uno mismo, en la justicia divina y en el amor, más que en las promesas humanas vanidosas que a menudo desean revertir la conciencia y la virtud en favor del egoísmo: a toda la gente y los pueblos, esto les fue enseñado por vez primera con el misterio revelado al mundo en el Crucifijo [...]

[...] La sabiduría y la verdad eterna, sólo en este marco pudieron sanar la heridas de la humanidad y así infundir valor al hombre para que se levantara

de su tumba, para que dominara sus pasiones y se venciera a sí mismo; para que hiciese esos milagros de amor y sacrificio por los cuales se distingue el nuevo mundo del antiguo. Realmente, si la Historia ensalza a aquellos patriotas que olvidándose de sí mismos se sacrifican completamente por el bien de su pueblo; a aquellos que tanto más aman su pueblo cuanto más pobre y abandonado y cuantos menos amigos y brillantes abogados tenga; a aquellos que prefieren morir que dañar o avergonzar a su pueblo privándole de su conciencia y de su capacidad de dar testimonio; a quienes viven y trabajan por su pueblo a tal grado que cuando es necesario están dispuestos a sufrir y morir por él; si la Historia eleva al cielo a los patriotas que por ningún motivo, ni siquiera ante una negra ingratitud, renuncian al amor por su pueblo, entonces no cabe duda de que esa gente ejemplar, que muchas veces lograron con su sacrificio y perseverancia levantar de la muerte a aquellos pueblos al borde de la ruina y despertarlos así a una nueva vida, no son regalo de nadie más que precisamente del Crucifijo, en donde se cumplió aquel misterio de amor y sacrificio. De ahí extraía fuerzas el inmortal patriota irlandés O' Connell. Todos los concedores de la vida y la obra de este famoso varón tienen que admitir que este personaje tuvo mayor influencia en el pueblo y en la opinión pública de Inglaterra que aquellos mismos que ahí gobernaban y tenían en sus manos el poder estatal; y no sólo cuando proclamaba sus bellos discursos y sacaba a colación las viejas y nuevas injusticias cometidas contra su pueblo, sino también cuando por amor a su pueblo estaba encerrado y callado en una oscura celda. Pero toda esta extraordinaria fortaleza era tan sólo un reflejo de aquella otra fuerza superior en la que O' Connell se apoyaba antes de cada hazaña, a los pies del Crucifijo. Siempre confiaba y tenía esperanza en aquel Ser Divino que al sacrificarse por el mundo nunca decepcionó a todos los perseguidos por una causa justa.

La vida de aquellos científicos que difundieron sus escritos por el mundo entero, alcanzando fama inmortal, nos es presentada como la vida de una gente virtuosa y humilde que, por encima de su ciencia, siente y sabe las limitaciones de su intelecto y de sus conocimientos. Eran gente nada avariciosa, renunciaron a cualquier comodidad en la vida, a menudo míseros, enfermizos, desterrados y burlados. Su morada era ordinaria: sin visitas distinguidas, ni fiestas regocijantes, ni vajilla preciosa; pero jamás faltaba en ella el Crucifijo. Si le preguntá-

ramos a Blas Pascal, uno de los principales intelectuales de este mundo, cuál fue su consuelo en la soledad y en la enfermedad, qué era lo que le daba ánimos para estar resolviendo durante 39 años de vida solitaria los más enredados problemas matemáticos, para descubrir muchas hasta entonces inimaginables verdades y dar un nuevo rumbo a la física entera; para escribir, en su condición, las obras inmortales, el nos contestaría: el Crucifijo; su plática en la soledad, su consuelo en la impotencia, su ejemplo en el sacrificio y en la labor intelectual su luz. Los viejos dirían: algunos estudian y conocen para hacerse famosos por sus conocimientos, y eso es vanidad; algunos para deleitarse de sus conocimientos, y eso es presunción; finalmente, algunos para servir a su pueblo, y eso es el amor. A éstos, pues, se les adhirieron Pascal y todos los científicos verdaderos. ¡Adhirámonos nosotros también a ellos!

Nuestra Academia se hizo mayoritariamente con las contribuciones de nuestro humilde pueblo, lo cual considero es una prueba de la bendición divina que, Dios quiera, le sea concedida por mucho tiempo. Porque si nuestro buen pueblo ofreció estos dones con el sudor de su frente, no lo hizo para satisfacer la vanidad o la presunción de unos cuantos, sino para que fueran de utilidad y provecho para todos nuestros pueblos, de uno a otro extremo [...]

[...] Finalmente, en cuanto a la vida estatal e internacional, en el Evangelio no hay nada escrito expresamente sobre ello, pero hay en él principios sin los cuales los países no pueden sobrevivir ni los pueblos prosperar. Poniendo el principio y el origen del territorio nacional en el mismo Dios, por supuesto que el Evangelio hizo que adquiriera mayor importancia, prestigio y presencia que los que nunca había tenido fuera de la Cristiandad; pero con esto el Evangelio, a su vez, también extendió en extremo las fronteras del deber que los países deben mantener. De esta manera el país está obligado a emular la justicia, la bondad, la sabiduría y la misericordia divinas. Así como deslindamos a Dios de cualquier pensamiento malo o sucio, así las regiones cristianas en sus intenciones y acciones no deben ni siquiera pensar en otra cosa que no sea en la gloria, la prosperidad y la felicidad de un país y sus ciudadanos. El Crucifijo que con una mano eleva muy alto a un país, con la otra lo hunde y prepara cientos de castigos para aquel Estado que traicione su vocación y convierta su fuerza suprema en mal. Si la cristiandad busca el poder y la virtud de las leyes esta-

tales ahí donde Dios se hizo lugar para sí y para su ley sagrada, o sea, en la conciencia humana, es obvio que ninguna ley estatal *debe ir en contra de la conciencia, la justicia y la necesidad de un pueblo.*

En pocas palabras, el Crucifijo, así como dio origen a todas las virtudes sociales y familiares, también lo dio a las civiles. El auténtico amor a la patria, el sacrificio por el bien común, la lealtad, la paciencia, la perseverancia y todas las demás ventajas a las cuales los pueblos cultos pueden agradecer su libertad, progreso, fama e ilustración, son el fruto de la fe, el regalo del Crucifijo.

De la misma manera que la religión destaca aquel sagrado principio que debiera reinar en las relaciones interpersonales, así también debiera aplicarse a las internacionales: no le hagas al otro lo que no deseas que te hagan a ti, y haz al otro lo que te gustaría que hicieran por ti. Malaventurados aquellos pueblos que se rigen por principios contrarios a los anteriores, en los cuales reinan la soberbia, la exageración y la injusticia. En ellos, para la vergüenza de la humanidad, el odio mutuo, la discordia, el conflicto y la guerra cavan una tumba eterna a la libertad general y a la felicidad.

Insisto en que estos principios debieron haber ejercido una gran influencia en todas aquellas ciencias que tienen que ver con el desarrollo material y económico, así como con el derecho internacional.

La bondad y la paciencia de ustedes permitirán que concentre mis observaciones en dos puntos y dos obras. Uno tiene que ver con el derecho público estatal y el otro con la historia. En lo que se refiere al primero la obra más famosa es, sin duda, la que bajo el título *El espíritu de las leyes* escribió Montesquieu, el célebre publicista del siglo XVIII. Nada se puede objetar a esta obra; todo lo que en este aspecto heredamos del viejo mundo, así como lo más valioso que posteriormente fue escrito en este mismo campo, de alguna manera fue inspirado en esta obra. Ciertamente, el célebre escritor en su juventud estuvo en contra, no tanto de la religión como de algunos de sus ritos, los cuales había mencionado en sus *Letras Persanes*. Sin embargo después, ya maduro en edad, conocimientos y experiencia, se dio cuenta de que sería más conveniente erigir el monumento de su gloria sobre unos fundamentos más sólidos que el polvo terrestre con el cual los vientos juegan a su antojo. Por esto, entonces, su brillante intelecto creó la obra que a través de las estrechas fronteras de la vida

humana llegó hasta nosotros y que de seguro llegará hasta el confín de los tiempos y hasta los más recónditos pueblos, precisamente porque está estrechamente relacionada con el Crucifijo, en quien Dios encomendó en todo tiempo a todos los pueblos. Cualquiera que lea esta obra se dará cuenta de que está totalmente imbuida del espíritu de la santa fe. Parece ser, dice de ella Chateaubriand, que en algunas partes sólo desarrolla más detalladamente aquellos pensamientos políticos que Bossuet había extraído de la Sagrada Escritura. En muchas partes Montesquieu es un verdadero apologista cristiano ante los ataques injustos de sus enemigos. En el libro 24, capítulo 3, al recordar las crueldades cometidas por los bárbaros romanos, griegos y asiáticos, dice expresamente que lo más loable que hay en la vida de un Estado, todo lo que de armonioso hay en las relaciones internacionales, debe agradecerse a la doctrina cristiana. En pocas palabras, Montesquieu considera que la religión cristiana, por el mismo camino por el que lleva a la gente hacia la feliz inmortalidad, lleva también a los pueblos hacia la libertad y la felicidad que todo pueblo noble anhela; hoy en día, gracias a Dios, el nuestro también.

En lo que se refiere a la historia, son los griegos Herodoto, Tucídides y Jenofonte, así como los romanos Tácito, Livio y Salusto, los verdaderos maestros, yo diría inigualables, de la forma. Pero con su obra *Les discours sur l'histoire universelle*, en la cual el pensamiento y la expresión son igualmente elevados, Bossuet superó con mucho a todos ellos. En esta obra maestra se conjugó todo lo que alguna vez caracterizó a los historiadores clásicos. Describiendo las peculiaridades romanas, Bossuet dice que se distinguen por amar la libertad y la patria por encima de todas las cosas. Los romanos siempre fundían estos dos amores en uno, o sea que amando su libertad amaban también a su patria, la cual desde la infancia libre y generosa les llenaba el corazón. Por libertad, prosigue el escritor, los griegos y romanos entendían un estado de cosas en el cual el ciudadano no debería estar sometido a nadie más que a la ley, y en el cual la fuerza de la ley pesara más que cualquier otra fuerza de Estado. Livio y Salusto nunca lograron describir las particularidades de los romanos con tanta veracidad. Si tenemos en mente que Bossuet fue sacerdote, que vivió bajo el despotismo, el desdén del derecho y de la ley, y que escribió su obra para el príncipe, ahí podemos ver claramente que el despotismo no se lleva con la religión,

que la religión es el principal aliado del anhelo popular de libertad y que la historia francesa no hubiera conocido aquellos terribles acontecimientos revolucionarios si el heredero al trono hubiese sabido seguir los sabios consejos y lecciones de su maestro. Cuando describe las pirámides de Misir, Tácito guarda silencio sobre su simbolismo moral, mientras que Bossuet, con palabras que no se pueden traducir literalmente, dice lo siguiente sobre este mismo asunto: al hombre, por más que estuviera parado muy alto en este mundo, siempre lo persiguen su impotencia y su pequeñez. Las pirámides, observa, deberían ser tumbas de los faraones a los que su impotencia y pequeñez no permiten ni siquiera eso, que disfruten de sus tumbas. Este mismo historiador romano, al escribir sobre las costumbres germanas, en el capítulo 33 describe a sangre fría cómo más de 60 mil gentes, los llama brúcteros, pelearon y se mataron entre sí a la vista de un cuartel romano, y añade: ojalá y quiera Dios que los pueblos extraños se odiasen y pelearan entre sí para nuestro provecho, ya que no nos pueden amar genuinamente. ¡Realmente horroroso principio! Sin embargo, el mismo aún se respeta, si bien a veces en mayor o menor medida, ahí en donde el Crucifijo pierde el poder y la influencia. El mismo historiador dice, escribiendo en sus anales sobre Tiberio y cómo éste ocupó el trono según la profecía de Trasilio, que no se atreve a juzgar si los acontecimientos humanos son la consecuencia del férreo e implacable destino, o del azar que inconscientemente juega con el mundo. ¡Cuánta pena debe invadir a un corazón cristiano cuando en las obras clásicas de los antiguos historiadores encuentra semejantes disparates que entre nosotros no cometería ni el más vulgar infante! Es obvio que Bossuet, con la luz del Crucifijo en la mano, condena severamente la crueldad y la infernal presunción, de la cual se sirven algunos pueblos para pervertir a otros con los que entran en contacto, desviándolos de sus genuinos anhelos y utilizándolos como un arma vil para sus desalmadas intenciones; todo esto en nombre del derecho que supuestamente les concedería su cultura superior. Se sobreentiende que Bossuet con su bella pluma describe a la Divina Providencia, la cual se sirve de la virtud y la honestidad humanas para levantar a los pequeños y abandonados pueblos y elevarlos así hasta la gloria inmortal, mientras que por otro lado permite que la injusticia y la maldad humanas caven el abismo que devorará para siempre los monumentos y la gloria de antaño de los pueblos

mundialmente reconocidos. Debería traducir prácticamente completa toda la historia de Bossuet si quisiera citar de ella todos los puntos que se relacionan con nuestra causa, pero el pensamiento y la expresión de sus escritos son tan refinados, tan compenetrados entre sí, que cualquier traducción fácilmente los mutilaría y probablemente profanaría sus ideas.

Es verdad, por lo tanto, que la religión está estrechamente relacionada con la ciencia; es verdad, cien veces confirmada en la vida de un pueblo, que donde el Crucifijo pierde su poder, sigue la perversión del corazón y la angustia del intelecto. Nuestros antepasados lograron hazañas memorables y se hicieron famosos en el mundo entero. Aquella parte de nuestro pueblo que se enorgullece del nombre serbio, hizo un verdadero milagro cuando prácticamente con las manos vacías, abandonado por todos y en medio de inimaginables sufrimientos, se liberó del cruel yugo turco. Nosotros los croatas nos sentimos con derecho orgullosos de habernos escapado de la dominación turca después de un siglo de lucha sanguinaria, justo cuando los turcos eran más poderosos y cuando más les temían los pueblos del oeste. Créanme: si nuestros ancestros pudieran resucitar, nos dirían que lograron y sobrellevaron todo en nombre del honorable Crucifijo. “Por la honorable cruz y la preciada libertad”, esta fue y, si Dios quiere, por siempre será la consigna de nuestro pueblo. Bajo esta ley la ganancia está asegurada. Ahora que queremos entrar en el círculo de los pueblos cultos y hacernos famosos en el campo intelectual así como alguna vez lo hicimos en el de la batalla, sin duda alguna cumpliremos nuestro deseo si luchamos bajo la misma bandera y seguimos la luz que desde el Crucifijo ilumina al mundo.

Yo, gracias a su generosidad, el primer patrocinador de la Academia, quisiera que este Crucifijo quedase para siempre en ella, para recordar a los académicos que la luz de la fe llega a todos los rincones, dondequiera que el intelecto humano se entusiasme con el trabajo y la ilusión.

Año 1884: Con motivo de la inauguración del nuevo palacio y la galería de la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes.

Es bien sabido que el *principio de la nacionalidad* fue recientemente instituido en el sistema y la vida estatales, lo cual es justo puesto que la nacionalidad es,

junto con la santa fe, el regalo más precioso de Dios; sin embargo, para que este principio de la nacionalidad cumpla con su cometido, a mi juicio, hay que ennoblecirlo, dignificarlo, consagrarlo e inspirarlo en aquella justicia que dice: “no le hagas al otro lo que no deseas que te hagan a ti, y haz al otro lo que te gustaría que hicieran por ti”. De otro modo, el principio de la nacionalidad se malinterpreta y corrompe fácilmente, convirtiéndose en una fuente de soberbia, intolerancia, egoísmo e injusticias de todo tipo. Se sobreentiende que en tal caso no se puede ni hablar de una verdadera libertad, paz o concordia; se sobreentiende que en tal caso hasta los antiguos lazos, consagrados en el transcurso de los siglos y orientados hacia las causas superiores, pueden verse amenazados y por tanto llegar a romperse por motivo de disturbios, disputas, presiones y opresiones de todo tipo. No me gustaría que nuestro pueblo se distanciase de aquellos otros pueblos con los que está unido por Dios y el Estado, sino que esté y se mantenga unido a todo aquel que piensa honradamente, aquel que le extiende la mano como hermano para que alcance su felicidad, progreso y libertad; pero que nunca y bajo ningún motivo se someta a nadie. Si yo pienso así, ustedes llegarán a comprender fácilmente por qué justo ahora he trabajado en esto de fundar y edificar la universidad y la academia cuanto antes en nuestro medio. En las circunstancias actuales, yo juzgaba que esta era precisamente la necesidad más urgente del pueblo, porque el pueblo que tiene sus instituciones académicas y las dirige bien y puntualmente, es un pueblo intelectualmente emancipado. Esta emancipación y esta liberación tarde o temprano darán a luz, de una manera natural e irremediable, a otros tipos de emancipación, así como a una identidad propia. Además, cada pueblo tiene sus días malos y desafortunados, así como tiene otros esplendorosos y afortunados. Cuando un pueblo se ve amenazado, cuando su más sagrado patrimonio, el de la libertad y el progreso, caen en peligro, entonces, por lo general, todo aquello que Dios ha depositado en la conciencia y el corazón del pueblo, asignándolo como garantía eterna de toda libertad y felicidad, busca refugio y abrigo en la Iglesia y en las máximas casas de estudio, y entonces, tarde o temprano, alcanza su victoria [...]

[...] Un pueblo que se quedó sin la luz que lo conducía a su Belén; un pueblo sumergido en la cal y las heces y por lo tanto incapaz de elevarse hasta

aquella causa que Dios le ha asignado en este mundo; un pueblo que no sabe apasionarse por sus ideales ni estar dispuesto a cualquier sacrificio; un pueblo que siempre teme y se abandona; un pueblo que en situaciones graves piensa únicamente en su debilidad e impotencia; un pueblo que siempre piensa que puede vivir solamente bajo la protección, el poder y la ayuda ajenos; un pueblo así se pudre, consume y decae; un pueblo así obviamente no tiene la garantía de la vida ni del futuro. Del modo contrario, pues, un pueblo que sabe lo que quiere y que nunca, bajo ningún motivo, deja arrancar de su alma y su conciencia aquella suprema causa que proviene del mismísimo Dios; un pueblo que en el momento decisivo sabe concentrar todas sus fuerzas y encaminarlas hacia el logro de sus metas superiores, que en estas circunstancias sabe abrazar con entusiasmo generalizado aquel dicho: “vivir libremente o morir gloriosamente”; un pueblo así, aun si durante siglos tiene que luchar, padeciendo y aguantando cualquier sacrificio, tarde o temprano se salva y alcanza su liberación. ❧